

Alma / espíritu

Fernando Savater

Universidad Complutense de Madrid

«Hoy estoy perplejo, como quien pensó, encontró y olvidó,
Hoy estoy dividido entre la lealtad que debo
A la Tabacquería del otro lado de la calle, como cosa real por fuera,
Y a la sensación de que todo es sueño, como cosa real por dentro.»
FERNANDO PESSOA, *Tabacquería*

Esta nota se refiere a una postergación esencial, definitoria de los perfiles especulativos y morales de Occidente. Lo que quiero señalar puede ser mostrado brevemente. Cada voz está más claro que todo lo que no admite tal nitidez de partida -sin excluir luego las más sutiles complejidades en el desarrollo de lo planteado- no merece el verboso esfuerzo a que obliga.

Aquello que de los humanos viene -haceres, órdenes, querer, artimañas, instrumentos, crueldades y dulzuras...- puede ser encuadrado bajo dos arquetipos principales, frutos del espíritu y frutos del alma. Para pneuma, el espíritu, todo es obra exterior, iluminada, calculable, deliberada, combativa, técnica, táctica, gubernativa, inventiva, mañosa, funcional, coherente: tarea del padre. Del espíritu brotan las leyes, tanto las de la naturaleza como las de la sociedad, tanto las de la moral como las del lenguaje... estando todas ellas supeditadas unas a otras, naturalmente. Para psijé, el alma, todo es paisaje interior, tribulación y júbilo, mito, caterva de imágenes, sentimiento, posesión diabólica o divina, capricho, arrebató, leyenda, yuxtaposición sugestiva pero involuntaria, azar: tarea materna. El alma imagina historias y trenza sueños, se deja llevar por lo que no controla y padece más de lo que proyecta. El espíritu busca lo universal y necesario, lo eterno e imprescriptiblemente válido; opera con unidades fundamentalmente intercambiables, aunque disfruta disciplinadamente clasificando y jerarquizando las diferencias. El alma atiende a lo intensivo, a lo irreplicable, a lo momentáneo, a lo excepcional e incondicionado; todos sus datos son incomparables y únicos en su especie, aunque juega con las similitudes y las remembranzas metafóricas. Esencialmente activo y reflexivo, el espíritu se pretende a la vez dueño de intereses bien definidos e impasible. Su ideal es la severa máxima que Spinoza -el más patriarcalmente judaico de los pensadores- acuñó para la empresa racional: «no reír, no llorar, no detestar, sino entender». El alma, sólo sabe querer, pero no sabe lo que quiere: es imaginativa e indolentemente arbitraria. Ella cuenta cosas, pero no se puede contar nunca con ella (no es calculable ni previsible). Padece sin cesar. No sólo acogedora e indulgente como una madre, sino también provocativa como una meretriz, susurra: «¿gozas, vida?». Para ampliar ésta cuestión según directrices crítica e inteligentemente jungianas, véase *Peaks and Vales*, de James Hillman.

El espíritu es pensador -calculador y raciocinante- mientras que el alma es narradora o, si se la quiere honrar menos: cuentista. Ya Platón, sobre todo en el libro séptimo de su República, asigna un carácter eminente y prioritario a la dimensión «espiritual» del alma (entendido espíritu tal como aquí lo hemos descrito) sobre su dimensión sentimental y fabuladora. La más alta actividad del alma tiene por objeto « el conocimiento de lo que existe siempre, y no de lo que nace y perece». Sólo el proceso objetivador de la abstracción matemática garantiza tales tópicos sublimes de meditación. De lo que efectivamente percibimos como existente, ni siquiera lo más elevado, las estrellas -a las que nuestro Quevedo llamó con hermoso vigor «letras de luz, misterios encendidos»-, alcanza el debido rigor desencarnado: «Que se admire la belleza y el orden de los astros que adornan el cielo, nada más justo; pero como después de todo no dejan de ser objetos sensibles, quiero que se ponga su belleza muy por bajo de la belleza verdadera, de la que producen la velocidad y la lentitud reales en sus relaciones mutuas y en los movimientos que comunican los astros, según el verdadero número y todas las verdaderas figuras. Estas cosas escapan a la vista y no pueden comprenderse sino por el entendimiento y el pensamiento». Platón alcanza tonos auténticamente despiadados cuando describe el funcionamiento de las almas que se aferran a procesos íntimos que no pueden ser verificados por la razón calculadora: « ¿No deberemos colocar en el rango de las almas imperfectas, por relación al estudio de la verdad, las que, detestando la mentira voluntaria y no pudiendo sufrirla sin sentir repugnancia dentro de sí e indignación para los demás, no tienen el mismo horror por la mentira involuntaria, ni se consideran rebajados ante sus propios ojos cuando se les convence de su ignorancia y antes bien se revuelcan en ella con la misma complacencia que un puerco en el fango?». Complacerse en las «mentiras involuntarias» es precisamente fabular, empeño propio, no de ciertas almas imperfectas, sino de lo que hemos llamado psijé como símbolo referencial de la actividad humana frente a las labores especulativas y geométricas. Son estas últimas -tareas de pneuma- las únicas que alcanzarán validez ante Platón, y esta toma de partido del padre de la filosofía sellará el devenir hacia el avasallamiento de la imaginación en Occidente. El alma es involuntariamente -espontáneamente- mentirosa (aunque noblemente detesta la mentira voluntaria, calculada) y se complace en esa característica inventiva de la que no sabría prescindir, se complace en ella con el mismo gozo quizá demasiado ostentosamente frutivo con que el cerdo se revuelca en su refrescante lodazal, pero sus «mentiras» sólo lo son vistas desde fuera, diagnosticadas por el espíritu geométrico -ese pleonasma enciclopedista- que aparta su mirada de lo pasajero, cambiante e irreplicable para fijarla en lo inmutable y eterno. Las «mentiras» de psijé son esos

«errores irrefutables» señalados por Nietzsche como las más auténticas verdades, sin las cuales no sabríamos vivir.

El alma -cuentista, sentimental, masturbatoria- no es irracional, sino entrañable; sus divagaciones fabulosas, sus animados fetiches, sus calladas pero significativas imágenes, hasta sus disparates, son partes esenciales de la razón humana. Aquí «razón» no quiere decir «cálculo» ni «discurso universal y necesario» sino algo más importante: cordura. Cuando Chesterton señalaba con memorable tino que el loco es quien lo ha perdido todo, absolutamente todo, menos la razón, quería decir que loco es quien ha desbaratado su alma y sólo conserva la fidelidad instrumental de su espíritu. Nuestro siglo parece preocupado por psijé, pero su atención es clínica o burocrática, es decir, absorbentemente espiritual. Importa hoy lo psiquiátrico, lo psico-analítico, lo psico-social, lo psicológico, lo psico-técnico... pero lo psíquico en cuanto tal, el alma pura y dura (que nos perdone por referirnos a ella así, siendo en realidad deliciosamente turbia y conmovidamente blanda), no tiene lugar en cuanto se desvía de lo morboso o hasta de lo criminalmente insolidario que debe ser enmendado por la pedagogía, la terapia, el castigo jurídico o cualquier otra forma de coacción espiritual. A este respecto dice María Zambrano en una de las mejores páginas escritas sobre este tema: «Gran tranquilidad ha proporcionado a gran parte de la Psicología y otras Ciencias Humanas o del Espíritu, el prescindir de esto, que se nos da a sentir como "ésta" llamada tradicionalmente alma. Sin duda por ser un supuesto metafísico y una manifestación de la vida sin cuerpo y el soporte -igualmente tradicional condición sine qua non de la mística, le cupo esta suerte. Su existencia constituye un obstáculo para la razón analítica. ¿Es posible someter tranquilamente al análisis el alma, el alma misma? Su concepto es otra cosa, puede ser analizado y aun reconstruido como cualquier otro concepto. Pero ella, el alma, ¿cómo será analizada si no está propiamente en nosotros, ni en otros, menos toda vía en sí misma? ¿Cuándo se ha visto un alma ensimismada? Claro está que aquello que se ensimisma o por lo cual nos ensimismamos tampoco se ha visto, y menos aún en esa dirección de las ciencias en que no se busca ver. El alma se mueve por sí misma, va a solas, y va y vuelve sin ser notada, y también siéndolo» (Claros del bosque). Ese alma tan ligada a sentidos y sentimientos no es algo que tenemos, sino algo que nos pasa o, mejor, el «algo» que nos pasa. Allí despertamos de los dogmatismos «exteriores» del juicio calculador, ciertamente necesarios para organizar la vida, pero distintos de la vida misma. El reconocimiento de lo psíquico no administrado ni exorcizado, tarea del arte y de la poesía, del erotismo y de la mística, no debería ser tampoco cuestión ajena a la filosofía menos dócil a las instrumentaciones mecánicas del saber. Como en María Zambrano: «El que despierta con ella, con esta su alma que no es propiedad suya antes de usar vista y oído, se despliega, al orientarse se abre sin salir de sí, deja la guarida del sueño y del no-ser. ser y vida unidamente se orientan hacia allí donde el alma les lleva. Renace. Y así el que se despierta con su alma nada teme. Y cuando ella sale dejándole en abandono, conoce, si no se espanta, algo, algo de la vocación extática del alma. Ese vuelo al que ningún análisis científico puede dar alcance» (Ibid).

La crisis de las grandes mayúsculas del espíritu, de los principios neumáticos de la tradición platónica que culminan en el sistema hegeliano y en el socialismo científico de Marx, nos ha ido acercando paulatinamente a una concepción más narrativa y subjetivista, más psíquica, de la tarea filosófica. Supongo que algo de esto quiere señalarse cuando se habla de las características de una filosofía postmoderna o también de la acentuación narcisista de los actuales comportamientos sociales. Sin embargo, los síntomas del alma todavía son más bien disecados desde fuera o combatidos por terapias de choque que incorporados efectivamente a la reflexión emancipadora. Ciertamente los diseñadores de modas y los inventores de sectas están más atentos al alma que quienes no tenemos más remedio que seguir siendo herederos del estimulante, pero también reductor, legado platónico. En el terreno de la ética, la ausencia del alma es particularmente deplorable porque los auténticos ideales del proyecto moral son esencialmente afectivos y pertenecen más a la imaginación que a la razón, tal como advirtieron con ambiguo escándalo Spinoza y Kant. Obsesionados con el atributo de universalidad que caracteriza formalmente al juicio ético, los teóricos actuales de esta disciplina no han señalado lo imaginativo y afectivo de los ideales más que con desdén o preocupación. Se diría que lo psíquico de la ética la hace ininteligible o sospechosa; en realidad, esterilizada del influjo del alma -de lo que la anima, literalmente- la ética es pedantería puritana o vaciedad ordenancista. Tomar la libertad especulativamente en serio, aceptar la imagen del sujeto, no como naturalidad elemental de la que se parte, sino como complejidad creadora a la que se llega, son tareas cuya dimensión psíquica no puede ser obviada ni conjurada por medio de discutibles reduccionismos neumáticos. La ética no es pura efusión, pero para no quedarse en confusión o transfusión (del derecho positivo) debe potenciar -y, ante todo, explorar generosamente- su dimensión imaginativa y su ímpetu emocional.

Recuerdo el argumento de una breve historia preparada por la maestría de Hitchcock para televisión. Un inflexible hombre de empresa desprecia los sentimientos, maltrata la debilidad afectiva de sus amantes o de sus empleados, convierte la exterioridad acorazada en la única realidad válida de su vida. Viajando en coche, sufre un grave accidente y queda paralizado: rígido, sin posibilidad del más leve parpadeo en sus ojos atrocemente abiertos, debe asistir con espanto al reconocimiento de quienes encuentran su coche destrozado, le dan por muerto y decretan su autopsia. Se esfuerza por hacer oír su voz interior pero no tiene modo alguno de exteriorizar la vida que sólo él conoce, porque está dentro. Cuando va a ser definitivamente sentenciado a la muerte consciente, uno de los asistentes le señala y grita que está aún vivo. ¿Cómo lo

sabe? Por la mejilla del hombre sin sentimientos discurre, quizá por vez primera, una nimia, impotente, íntima lágrima.

Esa lágrima que nada dice y todo lo revela, es el alma. Síntoma perturbador, controvertible, pero en último término garantía de rescate de la intimidad pasional y cuentista en la que residimos. Sin cuyas rebeldes y caprichosas advertencias no sabríamos desde donde sabemos, ni qué significa saber para nosotros, ni qué y quién quiere tras nuestra voz cuando muy seriamente decimos «creo que debo»